

LOS RAPACES DENTRO DE LOS ECOSISTEMAS NATURALES

No es difícil inferir la salud de los ecosistemas naturales, de acuerdo con la presencia o ausencia de determinados representantes del reino animal o vegetal. Los líquenes, por ejemplo, son precisos indicadores del nivel de polución del aire; cuando el mismo es alto son los primeros organismos en desaparecer.

Así como la temperatura del cuerpo humano, ciertos animales y plantas pueden considerarse elementos de la sintomatología, y ayudan a los investigadores en la búsqueda del estado ideal de cualquier ecosistema.

Dentro del grupo de los vertebrados, muchas aves pueden indicarnos, inequívocamente, el estado "sanitario" de un ambiente determinado, y lo hacen con su sola presencia o ausencia. En el caso de la incontenible destrucción de la selva misionera, sabemos que muchas especies adaptadas a dicho hábitat, tan particular y delicado, se han alejado, y lo han hecho de acuerdo con el avance de dicha destrucción, pero a su vez, el área desmontada atrae a otras especies, acostumbradas al "rosado", o sea a la falta de árboles y a la siempre inquietante presencia del hombre y sus "herramientas". Cualquiera sea el punto desde donde se lo mire la conclusión es la misma: el ecosistema se ha apartado en forma negativa de su idealidad o clímax, al cual ha llegado o hubiera llegado a través de sucesivas etapas denominadas serales, y deriva a un estado anormal mediante lo que se ha dado en llamar "sucesión secundaria".

Especializándonos en la escala zoológica, y siempre dentro de las aves, las rapaces cumplen en forma casi ideal con lo que hemos venido diciendo anteriormente. Las carroñeras (cóndores, jotes, caranchos y chimangos), también llamados "policías



sanitarios del campo", eliminan los restos animales en descomposición, los que, acumulados provocarían graves inconvenientes en el desenvolvimiento normal de muchos de los procesos naturales. Las carcasas u osamentas, potenciales reservorios de bacterias y microorganismos patógenos, constituyen una amenaza latente, pudiendo transformarse en agentes diseminantes de ciertas epizootias. Con sólo pensar en cualquier animal atacado por un agente patógeno que muera cerca de un curso de agua, nos damos cuenta de la vital importancia que adquieren estas aves. En este caso la relación entre presencia de carroñeros-salud del ecosistema es directa y evidente.

Las predatoras no son menos necesarias. Tomando un caso particular, como ser el de la Lechuza de Campanario (*Tyto alba*), regula eficientemente las poblaciones de ciertos roedores del género *Calomys*, vectores de un virus transmisor de la Fiebre Hemorrágica Argentina, mejor conocida como "Mal de los Rastrojos", enfermedad endémica del sector noroeste de la provincia de Buenos Aires y sur de la provincia de Santa Fe, que ha duplicado su área de

influencia en el lapso de diez años.

Asimismo, la Lechuza ha visto reducir sus números en dicho lapso, y en forma significativa.

La relación presencia de predadores-salud del ecosistema, también es evidente, aunque da la impresión de estar retrasada en el tiempo, aparentando ser cíclica o estacional. Las poblaciones de lechuzas aumentan a expensas del aumento en las de los roedores. Esta expansión demográfica trae consigo un aumento en la presión de predación. El número de roedores disminuye, provocando luego el mismo efecto en las poblaciones de las lechuzas, y así sucesivamente. En el caso de los carroñe-

ros, parecería ser que la relación es más directa.

Las rapaces constituyen uno de los eslabones claves dentro de los ecosistemas sanos. Pero no solamente las rapaces deben ser resguardadas del accionar destructivo del hombre, sino también todos los representantes vivientes de dichos ecosistemas. Ese es el deber de quienes tratamos de dilucidar día a día los maravillosos mecanismos naturales, o disfrutamos sencillamente y sin cuestionamientos del fenómeno de la naturaleza.

Javier Beltrán

ALABANZA DE ALDEA

Raúl Leonardo Carman, Ediciones Nandú, 58 páginas

Quien escribió "De la fauna bonaerense" vuelve a utilizar la pluma para brindarnos una prueba de su versatilidad literaria, tal vez plasmada en la experiencia de su oficio periodístico, pero cuya raíz genuina hay que buscarla en el equilibrio de una refinada personalidad. No procure hallarse en "Alabanza de Aldea" una sesuda obra de investigación histórica sobre la fauna, tema en el que Carman ha demostrado singular erudición; no se busque tampoco el resultado de una ávida contemplación de los pájaros, ni siquiera se pretenda gozar de aventuras fantásticas a través de viajes y exploraciones. Si puede uno desentenderse de los prejuicios señalados sentirá al leer las anécdotas transparentes, las historias cotidianamente humanas, los comentarios como al descuido, sin estridencias, el mismo arrobamiento e idéntico placer de quien recibe los tibios resplandores del sol mañanero mientras los pájaros comienzan a cantar alborozados. Pareciera como si de las páginas de esta pequeña joya brotara ese olor a pasto húmedo que acompaña todo recuerdo campero.

El elogio de lo sencillo, de la aldea y de sus hombres, no viene de la mano de complicados andamiajes racionales. Casi sonriendo, con la magia del cuadro en el que se aprecia la obra y no la pincelada, Carman derrama su nostalgia de hombre enamorado de la esencia de las cosas.

Nada es artificioso. Hay una sincronización perfecta entre el paisaje bucólico, los personajes humildes y sabios y su pluma, cuyos matices, apenas entonados con levedad, delicadamente perfumados de aromas silvestres, casi imperceptibles, alcanzan a despertar emociones enraizadas en la profundidad de los tiempos.

"Alabanza de Aldea" puede ser también una nota de esperanza para una humanidad confundida. Pero la música ha sido como extraña de las cuerdas más tenues del arpa. Para que la escuchan tan sólo aquellos que aún no son irremisiblemente sordos.

Tito Narosky